La última semana

Markos Manchado Mateos

La última semana

Markos Manchado Mateos

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2024
©Markos Manchado Mateos, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-87-5
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL:M-22732-2024

A mi familia, por estar siempre ahí.

«El bien debe estar siempre a la moda»,
Juan Valera

Día Cero, viernes.

Como cada viernes a las ocho y un minuto de la mañana, Eva apagó su segundo despertador y empezó a desperezarse. El primero, tan solo sonó un minuto antes, a las ocho de la mañana exactamente. Eva no soportaba a las personas que ponían el despertado un cuarto de hora antes de la hora de levantarse para quedarse en la cama sin hacer nada. Le parecía una auténtica pérdida de tiempo y de sueño. Pero bueno, allá cada cual con su gestión del tiempo.

Se levantó y siguió su escrupulosa rutina habitual. Tenía frente a ella cuarenta y cinco minutos exactos que dividía en dos. Veintitrés minutos para desayunar y veintidós para ir al baño, ducharse, vestirse, coger sus cosas e irse a trabajar.

Empezó, como siempre, por encender el móvil para poner algo de música y poder, así, empezar el día de mejor humor. Luego, puso la cafetera a calentar y mientras el café hervía, introdujo el pan en el tostador y empezó a rayar el tomate.

De normal, Eva engullía al comer, ya fuera a mediodía o a la hora de cenar. Pero por la mañana,

siempre tenía el estómago cerrado. Así que se tomaba su tiempo. Necesitaba esos veintitrés minutos que se había fijado desde hacía años.

Cuando terminó su desayuno, se fue al baño para tener su momento *All-Bran*. Este tenía lugar siempre después del desayuno. Y… Por varias razones:

Primero: porque era cuando su cuerpo (y quien dice cuerpo, dice intestino) estaba despierto; veintitrés minutos después de levantarse.

Segundo: porque en su piso no tenía un bidé y no soportaba la idea de no lavarse el culo después de ir al baño. Así que siempre hacía sus necesidades antes de ir a la ducha. Siempre que podía vaya. Si le daba el apretón en otro momento pues… ajo y agua. No le quedaba otra que adaptarse al contexto.

Ducha, como de costumbre, con su animado hilo musical que le amenizaba la rutina matinal antes de irse a trabajar. Al secarse, se puso la ropa que había preparado con mimo la noche anterior, antes de irse a la cama. Eso sí, tras haber mirado la hora en su móvil, para comprobar que estaba respetando el *timing* matinal. Eva era la mujer reloj. Todo estaba medido. Todo, menos lo que le iba a pasar aquella mañana al salir de casa para dirigirse al trabajo.

Encendió el *bluetooth* del móvil, conectó los auriculares inalámbricos y, tras cerrar la puerta, dio dos vueltas de llave. La gente «normal» daba tres vueltas. Pero a

Eva le gustaba dar solamente dos. Así, sabría si alguien había pasado tras ella. Era uno de sus miles de secretos.

Fue bajando las escaleras.

Tercer piso.

Segundo piso.

Primer piso.

Cuando llegó al bajo, vio a su vecino de enfrente tirado en el suelo. Boca abajo. Le pareció raro. Se quedó parada durante unos segundos y pronto se dio cuenta de que había una bolsa de basura desparramada a su alrededor y un charco de sangre bajo él.

Se abalanzó hacia Luis.

No se conocían mucho, pero había miraditas entre ellos. O así era, al menos, como veía Eva las cosas. Debían de tener más o menos la misma edad. Año arriba, año abajo. Chico deportista, guapete y siempre vestido como un pincel.

—¿Luis? —musitó Eva.

No obtuvo ninguna respuesta.

—¿LUIS? —gritó.

Siguió sin obtener respuesta alguna.

Le daba miedo tocarle. Siempre había oído que si hay alguien inconsciente en el suelo no hay que moverle, ¿o era solo en caso de accidente de coche? Le había asaltado la duda. Pero bueno, por si las moscas, prefería no moverlo, no sea que agravara las cosas involuntariamente. Así que llamó al SAMUR.

—Le atiende la doctora Sánchez, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me llamo Eva, vivo en la calle Travesía, número ocho. Estaba bajando las escaleras para ir a trabajar y me he encontrado con mi vecino tirado en el suelo.

—Entiendo, ¿está consciente?

—No, le he gritado pero no responde. Tiene un charco de sangre alrededor y una bolsa de basura desparramada por todo el portal. Yo creo que alguien ha forcejeado con él o algo así.

—¿Puede comprobar si respira?

—Uy es que tiene la cabeza boca abajo. Me da cosa tocarle.

—¿Puede tocar su muñeca para ver si tiene pulso?

—Eso sí.

Eva dejó sus cosas en el suelo. Sin darse cuenta de que al hacerlo, tanto el bajo de su abrigo, como su mochila se llenaron de sangre y de restos de basura.

—Doctora que yo creo que sí que tiene pulso.

—Le mandamos un equipo para allá.

—¿Me tengo que quedar con él?

—Si le es posible, sería lo suyo.

—Es que me tengo que ir al trabajo.

—El equipo llega en menos de diez minutos.

—Bueno, si son solo diez minutos, sí. Gracias doctora.

—A usted por llamarnos.

Eva cogió la mochila antes de volver a ponerse de pie. Y se percató, en ese momento, de la mancha de sangre y de basura. Le dio un asco y un repelús horribles. Pero seguro que Luis le propondría comprarle una mochila y un abrigo nuevos, o por lo menos, le pagaría la tintorería, en agradecimiento por haberle salvado la vida. Sabía que tenía pasta. Y… vale que no era momento para pedirle eso, pero… era lo mínimo que Luis podía hacer por ella… ¡Qué menos! ¿No?

De repente, sonó un portazo. Debía de ser alguien del primero, porque le había parecido que el portazo era cercano. A los dos segundos, aparecieron Laura y Laurita. La del segundo, con su hija. Un metro setenta. Delgada. Castaña clara. Pelo largo en coleta. Perlitas en las orejas. Y la banderita de España en la muñeca derecha.

Nada más empezar a bajar las escaleras del portal, dio un grito casi tan esperpéntico como ella.

—NO MIRES LAURITA.

Obviamente Laurita miró, pese a que Laura intentó posar sus manos sobre sus ojos.

Eva se giró en su dirección.

—Pero Eva, ¿QUÉ HAS HECHO?

Eva no acertó a decir palabra alguna.

—Voy a llamar a la policía ahora mismo. LAURITA VAMOS A CASA.

—¿No vamos al cole mami?

—NO.

—¿Por qué está el vecino ahí tirado?

—¡TE HE DICHO QUE NO MIRES!

Laurita, a sus apenas cinco años, empezó a llorar como una descosida. Nunca se acaba acostumbrando uno a los gritos pese a vivir con ellos día a día.

Eva se quedó expectante. Sin decir nada. Parecía un muñeco de cera con los ojos abiertos como platos. No soportaba a la tal Laura. En verdad, no la conocía, pero tampoco le daban ganas de hacerlo. No le gustaba la gente como ella. Demasiado para su *body*.

Aquel pequeño teatro le hizo olvidar por unos segundos la escena de horror en la que se había visto envuelta.

Se empezó a oír una sirena de fondo. Unos golpes en la cristalera de la puerta atrajeron su atención. Era el SAMUR. Así que se fue corriendo a abrirles.

—¿Es usted la vecina que nos ha llamado?

—Sí, he hablado con la doctora Sánchez.

—Gracias.

En menos de treinta segundos, había todo un despliegue de medios alrededor de Luis. Cuando le dieron la vuelta, Eva pudo ver que tenía varios cristales incrustados en su cuerpo. Uno de ellos era el pie de una copa de champán. Estaba en la zona del pecho.

—Está muy grave señorita, además ha perdido mucha sangre. No sé si podremos hacer algo por él.

—Señora.

—¿Perdón?

—Que no soy una «señorita», prefiero que me llame «señora».

El médico no se espera esa respuesta y claramente no tenía tiempo para entrar en ese tipo de debates. Aquel hombre estaba más muerto que vivo. Así que había que llevarlo al hospital lo antes posible.

—Lo siento, señora. ¿Puede avisar a la familia?

Luis ya estaba metido en la ambulancia.

—Pues es que vive solo. Y nos conocemos de vista, pero poco más.

Apenas terminada la frase de Eva, el SAMUR se fue sin dejar rastro de su aparición. Su sirena se fusionó con la de la policía que llegó veinte segundos después.

Del coche bajaron dos agentes enfundando sus armas.

—¿Eva Gutiérrez?

—Sí, soy yo.

—¡Arriba las manos!

—¿Cómo?

—¡ARRIBA LAS MANOS!

Asustada, Eva alzó sus manos.

—¿Dónde está el cuerpo?

—¿Qué cuerpo?

—El de Luis Álvarez.

—Se lo acaba de llevar el SAMUR.

¿Esa arpía de Laura había llamado a la policía creyendo que Eva había intentado asesinar a Luis? No daba crédito. Se iba a enterar cuando la pillara.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Pues mire usted, no lo sé. He bajado para ir al trabajo y mi vecino estaba ahí tirado. Así que he llamado al SAMUR, y se lo acaban de llevar.

Eva se decía a sí misma que todo era surrealista. Porque no era famosa, que si no, creería que en cualquier momento iba a comenzar a sonar la sintonía de *Inocente, inocente* y que alguien se le iba a aproximar cargando un ramo de flores.

—Agentes, es ella —se escuchó desde el primero. Era la voz de Laura.

—Llama a los del SAMUR a ver qué te dicen —le dijo la agente a su compañero.

La versión de Eva había sido confirmada por el SAMUR. A Laura se le quedó cara de tonta.

—¿Pero TÚ ERES IDIOTA? —empezó a gritarle Eva a Laura —Menos perlitas y más cerebro, hija.

Le dieron ganas de ir a por ella. Soltarle un buen sopapo en toda la cara. Con la mano abierta. Pero… con la policía allí delante, como que no era plan…

A todo esto, Eva seguía con las manos en alto.

—¿Puedo bajar ya las manos? —le preguntó a los agentes.

—Sí, sí, claro, claro, perdone.

—Pues si no ven inconveniente, me voy a volver a cambiar y me voy a trabajar que llego tarde.

Eva subió de nuevo a casa. Y al pasar junto a Laura le dio un empujón murmurando «so perra».

Se quitó los zapatos antes de entrar en casa para no mancharlo todo. Los dejó encima del felpudo sobre el que se podía leer «Bienvenid@ a Evalandia». Lo había encargado por Internet. Eva se consideraba como una persona «humanista». Para ella, era el paso siguiente al feminismo. Es decir, que luchaba por la igualdad de la humanidad, independientemente de que las personas fueran mujeres, hombres o no binarias. De ahí la arroba de su «Bienvenid@».

Al abrir, se fue directa hacia la cocina para coger una bolsa de basura en la que meter su abrigo y su mochila. Así la dejaría en la tintorería de camino al trabajo y guardaría la factura para dársela a Luis. Con un poco de suerte, éste le invitaría a cenar o vete tú a saber qué.

Luego, cogió otro abrigo y otra mochila en la que trasvasó todas sus cosas y volvió a bajar las escaleras.

Su móvil empezó a sonar. Era el WhatsApp del trabajo. Una compañera, como cada mañana, mandaba unos cinco mensajes para decir que iba a llegar tarde. Eva aprovechó y puso que había tenido un problema esa mañana y que llegaba como en quince minutos. Nadie dijo nada.

Pasó por la tintorería. Dejó la bolsa de basura y luego se fue al trabajo.

Le costó horrores concentrarse. Así que, mal que bien, hizo lo que pudo.

Salió a comer, necesitaba airearse.

Al volver del almuerzo, su teléfono sonó. Era un número larguísimo. Debía de ser desde alguna entidad pública. Siempre tienen extensiones larguísimas.

Era el hospital. Como Eva llamó al SAMUR desde su teléfono, debían de haberlo guardado.

—¿Eva Gutiérrez?

—Sí, soy yo.

—Le llamamos desde el hospital. Lamentablemente Luis Álvarez acaba de fallecer. Hemos hecho lo que hemos podido.

—Ay pobre, con lo guapo que era…

Su pensamiento se le escapó por la boca.

—…

—…

—¿Es usted familiar?

—No, solo su vecina.

—¿Sabría cómo avisar a su familia?

—Pues ni idea, porque en verdad no nos conocíamos mucho.

—Siento la molestia entonces.

—No, si no es molestia. Pero pobrecito mío. No sé qué hacer.

—Que tenga un buen día.

—Igualmente.

Y la voz del otro lado colgó.

Qué horror, morir tan joven. Y de aquella manera. Encharcado en su propia sangre y rodeado de basura, pensó.

Desde luego, en el *ranking* de «peores muertes», esta ocupaba el segundo puesto. Morir rodeada de basura. No podía dejar de pensar en ello. La primera, sin duda alguna, era ahogada. Eso sí que debía de ser angustiante. A Eva le encantaba bucear y de la que empezaba a faltarle un poco el aire, se ponía nerviosísima, así que morir ahogada era, sin duda alguna, la peor muerte para ella. Y después de haber visto a Luis como lo había visto, rodeado de basura… esa era, sin duda, su segundo escenario no deseado para morir.

Vaya mala suerte que fuera ella la que se topara con el fiambre. Ya podía haberle tocado a Laura o a cualquier otro vecino. Pero bueno… no servía de nada perder el tiempo en ese tipo de divagaciones porque eso no iba a cambiar en nada el trascurso de las cosas.

Ahora caía en que, al final, la tintorería le iba a tocar pagársela a ella solita. Pero bueno… no le iba a decir a los padres de Luis, sin conocerlos de nada, que le pagaran la limpieza de la sangre de su hijo… Iba a quedar un poco mal…

¿Le habrían matado? ¿Quién habría sido? Eso olía a venganza, porque lo de la basura, eso es saña. A Eva

le gustaban las series policiacas. Y ya empezaba a intentar atar cabos en su cabeza.

¿Igual fue Laura? Y por eso llamó a la policía corriendo, para cargarle el muerto a otro (y nunca mejor dicho). Igual había intentado tener algo con él. Él se habría negado y Laura, para que no se supiera, pues lo había matado, un poco *light* como móvil, ¿no?

Quería que fuera Laura, pero… en verdad era un poco raro. Aquella mujer era odiosa, pero no tenía pinta de asesina tampoco. Además, ¿cómo conseguir hacerlo a escondidas de Laurita? Porque siendo la niña tan pequeña no la iba a dejar sola el tiempo de matar a Luis. Y… no se le veía tan lista como para organizarlo todo a espaldas de su hija…

Lo que le resultaba extraño a Eva era que el asesino lo hubiese matado a plena luz del día. Porque Luis estaba vestido como para ir a trabajar, con su maletín y todo. Así que era alguien que conocía bien su rutina y le había tendido una trampa justo antes de ir a trabajar. Que también… Mirando las cosas por el lado bueno, mejor que te maten antes de ir a trabajar que no después de un día de trabajo. Vale que no hay «buen momento» para morir, pero puestos a elegir… por lo menos que eso nos permita librarnos de currar.

Eva no dejó de divagar durante toda la tarde. Lo que le impidió (como durante la mañana) poder trabajar eficazmente. Al llegar la hora, se fue a casa. Y como